

# A diez años de la caída de las Torres Gemelas

Por MICHAEL J. BUSTAMANTE

*Para mi abuelo*

I.

En la pared del pasillo de mi apartamento tengo colgado, un anuncio del cortometraje *Elpidio Valdés contra la Policía de Nueva York*. Confieso que nunca he visto el filme. Compré el cartel hace un par de años, por razones no muy claras. A lo mejor sencillamente me gustaba la imagen. O quizás fue porque en Internet ya había conocido algo de ese personaje emblemático de los dibujos animados hechos en Cuba. Sobre todo, supongo que esa compra formó parte de un esfuerzo subconsciente por acumular evidencias de mi conexión con ese país, el de mis abuelos, que solamente he podido conocer de visita, en libros (muchos libros), y durante algunas estancias de investigación. Era *poseer* y, es más, *exhibir* algo "auténtico" de allá, algo más fielmente cubano que mi pobre imitación del acento habanero. Y ahora me queda claro lo ridículo de ese gesto, ante todo porque mi versión del cartel es una pobre reproducción del original, sin valor alguno, y –para colmo– probablemente hecha fuera de la Isla, como yo.

Hoy, 11 de septiembre de 2011, miro a la figura de *Elpidio* sonriendo, montado a caballo, casi atropellando a dos policías gordos de la "gran manzana." Contemplo la paradoja de mi nostalgia heredada, mientras en el fondo mi televisor proyecta las imágenes de una solemne ceremonia de remembranza, presidida por nuestro actual Presidente. Añoranza por Cuba y recuerdos de las Torres Gemelas: ambos unidos para mí en la persona de mi abuelo Juan, arquitecto santiaguero, quien me llevó de niño al observatorio Top of the World, en el piso 107 de la torre 2, desde el que me enseñó todos los principales rasca-cielos de la ciudad. De repente me doy

cuenta que, a 10 años de distancia, mi concepción de un evento trascendente que en teoría "viví" a los 17 años, no es necesariamente más o menos una ficción, más o menos un producto de la imaginación y de los medios, sino mi compromiso con la tierra de mis antepasados.

Como la mayoría de los que no estuvimos en Nueva York aquel día de 2001, ni perdimos un ser querido en los ataques, pude ver todo en vivo por la televisión, como si estuviera mirando una de esas películas apocalípticas que suelen hipnotizarnos. Y en muchos sentidos ha sido posible mantener esta ilusión tras los años. Muy a diferencia del bombardeo de Pearl Harbor o los inicios de la guerra en Vietnam –ambos presagios de obvios y extensos sacrificios para el pueblo norteamericano–, el comienzo de la llamada "guerra global contra el terrorismo" no marcaría tan profunda o rápidamente la esencia material y humana de nuestra forma de vida, al menos para los que no formábamos parte del ejército, teníamos un familiar en él, o éramos inmigrantes del Medio Oriente. Es como si todo cambiara a partir del 11 de septiembre, pero al mismo tiempo como si nada cambiara. De hecho, según nuestros líderes, en los días inmediatamente después de los ataques era imprescindible para ser patriótico no sólo continuar nuestras vidas o pegar las barras y las estrellas en todo lugar posible (pegatina en el coche, bandera en la camiseta), sino también seguir gastando, comprando, estimulando la economía, como si nada hubiera pasado. Consumismo o muerte, ¿venceremos?

Por lo tanto, cuando hoy escucho los nombres de cientos de heroicos policías, bomberos y civiles fallecidos hace 10 años, leídos con calma y dignidad

por sus viudos, viudas, hijos e hijas, comparto sinceramente su duelo. Pero por desgracia, también me encuentro a mí mismo haciendo especulaciones casi infantiles, como si todo no fuera más que un gran drama en la televisión. Mirando otra vez el cartel en el pasillo, me pregunto: aquel día, ¿no hubieran sido aliados el gran mambí *Elpidio* y sus antiguos enemigos uniformados de azul? E imagino que sí. Porque después de todo, conjuntamente con la gran ola de patriotismo suscitada por los ataques, con su eslogan principal *United We Stand* (Mantengámonos Unidos), también recuerdo otro lema que circuló por los medios y entre las gentes con un mensaje a primera vista más sencillo, más humano: "Todos Somos Neoyorquinos."

II.

Por supuesto, esta expresión no era más que un significante vacío. Siendo así, muchas veces terminó coincidiendo bastante con un repertorio de discursos y actitudes fuertemente nacionalistas. ¿No fue el entonces alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, rápidamente apodado "el alcalde de América? Igualmente memorables son las imágenes del entonces presidente Bush, de visita en Nueva York después de los ataques, vestido con un pulóver del Cuerpo de Bomberos de la ciudad, al lanzar la bola ceremonial en el tercer partido de la Serie Mundial en el Yankee Stadium. O cuando estaba en plena "zona cero," hablando por megáfono a los trabajadores de rescate –la mayoría de clase obrera, muchos de descendencia irlandesa o italiana, cuya historia inmigrante ha sido mitificada, una y otra vez, como la mayor muestra del supuesto "crisol" de la cultura estadounidense.

Hoy, con la inauguración de un lindo parque memorial en el antiguo sitio de las Torres Gemelas, el terreno físico de Nueva York sigue siendo escenario (casi fetiche) de fuerte significación política a nivel nacional y varios candidatos republicanos para las elecciones presidenciales en 2012 ya buscan aprovecharse de su simbolismo.

En otros momentos, la consigna de que "todos somos neoyorquinos" parecía conllevar el conocido fantasma del excepcionalismo estadounidense. En este caso expresado como una especie de "imperialismo de dolor" o "de luto." Como si fueran los neoyorquinos –como si fuéramos todos los norteamericanos– las únicas y principales víctimas del terrorismo en estos tiempos. Como si las vidas de casi tres mil personas inocentes fallecidas aquel día entre Nueva York, Washington, D.C., y Shanksville, Pensilvania, valieran más que las futuras víctimas, en número de cientos de miles, entre la población civil de Afganistán e Irak.

Pero si nuestra ceguera en esos años en parte puede ser entendida como evidencia de una sociedad en estado de *shock*, desafortunadamente el paso de los años no ha mejorado mucho nuestra predilección nacional por el ombliguismo. Tomemos el caso del catastrófico terremoto en Haití, por ejemplo, en el cual hasta 300 mil personas perdieron sus vidas (aunque todavía se debate la cifra exacta<sup>1</sup>), muchas de ellas en corto período de tiempo. A pesar del trabajo hecho para recaudar fondos, donaciones de sangre y otras formas de ayuda directa (que incluye los esfuerzos de nuestro gobierno federal), culturalmente nunca fuimos capaces de decir "todos somos de Port-Au-Prince", de la misma manera que en el 2001 la población mundial fue instada a identificarse con Nueva York. Y en eso confluyen varios factores de larga trayectoria, entre ellos el silencio generalizado impuesto por Occidente sobre Haití desde su revolución anticolonial<sup>2</sup>, así como la continua fuerza en el siglo XXI de lo que el inte-

lectual afro-americano W.E.B. Dubois una vez llamó el mayor problema del siglo XX: "la línea del color" (todavía vigente -¡aunque parezca mentira!- con un hombre negro en la Casa Blanca).

### III.

Sin embargo, a lo mejor existen también explicaciones menos sinietras para la insistencia con que el 11 de septiembre ha marcado nuestras memorias, otras maneras de interpretar el llamamiento de identificarnos con Nueva York después del 2001 que no sean cómplices de una u otra variante del chauvinismo. Pensándolo bien, es imposible no concluir que en los ataques de aquel día sí hubo algo terriblemente excepcional y también de resonancia universal –y aquí obviamente no me refiero a la fachada de universalismo con el cual Estados Unidos u otros países a veces han impuesto sus criterios e intereses muy particulares por encima de otros.

A diferencia de un desastre natural, por más demoledor que fuera, el 11 de septiembre de 2001 el ser humano vio dos grandes triunfos de la modernidad occidental –rascacielos y avión– convertidos en armas de destrucción. Es más, todo fue grabado y fotografiado en íntimo detalle, de manera que hoy una innumerable cantidad de videoclips están a nuestro alcance visual con una sencilla búsqueda en *Google*. Quizás sea esa perversa combinación de factores la que explique el carácter extraordinario del suceso para todos nosotros, estemos donde estemos, así como la dificultad con que todavía desviamos nuestras miradas cada vez que enfrentamos las imágenes.

Es verdad: Estados Unidos no tiene y no deber tener un monopolio sobre el título "víctima del terrorismo," ni sobre la fecha del 11 de septiembre. Créanme: apenas empezados mis estudios universitarios, leer el trabajo de Ariel Dorfman y otros chilenos sobre "el otro 11 de septiembre" fue toda una revelación –síntoma otra vez de nuestra estrechez de miras, especialmente dentro del sistema educacional a nivel secundario.<sup>3</sup> Pero el aniversario de los



ataques tampoco debe ser momento para ajustar cuentas, lanzar acusaciones de hipocresía, o inflar nuestras propias pretensiones particularistas. Al contrario, es una oportunidad de reflexión, “con todos y para el bien de todos,” como dijo José Martí. No importa de dónde vienes, qué creencia profesas o cuál ideología defiendes: las escenas que todos hemos visto –en especial los incomparables videos de individuos saltando desde los pisos más altos de las torres hacia el vacío– nos obligan a meditar profunda y solemnemente sobre la naturaleza de la humanidad, la modernidad y la muerte. No hay que ser una persona religiosa para darse cuenta de esto. Y yo no lo soy.

En este sentido, la tragedia de aquel día desborda plenamente los parámetros de cualquier punto de vista nacionalista. No es simplemente que los ataques tuvieran repercusiones globales, sino que a la caótica ciudad de Nueva York nunca ha sido fácil asociarla al país en que geográficamente está ubicada. Por más que los ataques echaran leña a un nuevo mesianismo norteamericano, tanto en el plano doméstico como en el ámbito internacional, Nueva York siempre ha sido una metrópoli tan cosmopolita como estadounidense. Es la ciudad de inmigrantes por excelencia, y no sólo de los “clásicos” inmigrantes europeos que pasaron por un proceso de “blanqueamiento” en el siglo XX para incorporarse al tejido étnico norteamericano. Me refiero sobre todo a los inmigrantes de Asia, América Latina, África y Medio Oriente que, en muchos casos, todavía ocupan las zonas limítrofes de “la nación”, a pesar de las pretensiones multiculturalistas de la misma. Ya sea por el color de la piel, la religión, el estatus migratorio, el idioma o la condición económica marginal. Son representantes de ese transnacionalismo, tan en boga en los círculos académicos y tan preocupante para los que en Estados Unidos (y en Europa también) prefieren un modelo de pura asimilación cultural ya imposible, si es que acaso en algún momento pasado fue factible. El 11 de septiembre de 2001 murieron ciudadanos de más de 50 países, y esta cifra no llega



a reflejar la cantidad de grupos étnicos y culturales entre los ciudadanos norteamericanos que fallecieron en aquel horror. Por lo tanto, me atrevo a afirmar que sí, todos somos neoyorquinos, porque Nueva York es un microcosmos posnacional en el que se cruzan casi todas las ramas de la raza humana.

Por ejemplo, veo el principal canal de televisión de lengua española en Estados Unidos y escucho al reportero entrevistar a un humilde inmigrante peruano –mestizo, pobre, residente en el barrio neoyorquino de Queens. No dice si es ciudadano norteamericano o no; no habla de política, de guerra, ni de patriotismo. Narra entre lágrimas la hermosa historia de su hijo, quien murió en acción como policía cuando se cayeron las torres.

En casos como este vemos que los ataques a Nueva York no permiten lecturas fáciles. Comparado con la agresión contra el Pentágono (sede del poder militar estadounidense) o el fallido plan de ataque al Congreso Nacional (el famoso vuelo #93 de *United Airlines*, que cayó en Pensilvania antes de llegar a su objetivo), lo de las Torres Gemelas resiste aun más cualquier interpretación dentro de un esquema simbólico binario: amigo/enemigo, opresor/oprimido, Estado/sociedad. Claro, muchos dirán que el simbolismo resalta en el hecho de que los edificios eran sede del “Centro Comercial Mundial,” es decir, que el ataque fue perpetrado como pro-

testa brutal contra el poder destructivo del capitalismo estadounidense a nivel mundial y las grandes corporaciones asentadas en la zona baja de Manhattan. Pero a mí siempre me ha parecido demasiado ridícula esa explicación, dada la inmensa diversidad de personas que trabajaban allí y dieron sus vidas –pobres, ricos, jóvenes, ancianos, fieles, ateos, capitalistas y no capitalistas. Como señala la escritora haitiana Edwidge Danticat en un ensayo reciente (y esto sólo para mencionar un ejemplo entre muchos), en las Torres Gemelas también falleció un artista jamaicano que tenía su taller en el piso 92 de la torre 1.<sup>4</sup> ¿Protesta contra el capitalismo? ¿Contra el gran imperio o el secularismo? ¡Qué va! Entre 30 y 60 feligreses musulmanes también fueron víctimas de aquellos actos de violencia indiscriminada.

Por tanto, no puedo imaginar peor tributo a las víctimas, o mejor homenaje a la intolerancia de los perpetradores, que las campañas viciosas en varias áreas de Estados Unidos desde 2001 en contra de los inmigrantes musulmanes, especialmente la infame cruzada (por suerte, no exitosa) entre 2009 y 2010 en contra de la propuesta de construcción de un centro comunitario islámico dedicado a la paz y la reconciliación a dos cuadras de la llamada “zona cero.” En respuesta a estas actitudes, nuestros líderes nos han instado a recuperar la “unidad” que supuestamente logramos

forjar como país durante las semanas posteriores a los ataques. Pero siempre me pregunto: ¿Unidad? ¿De qué tipo? ¿Para qué y contra quién? Y me acuerdo de un amigo de la universidad, de origen sij (sikh, en inglés),<sup>5</sup> quién me contaba cómo miembros de su comunidad en Maryland (especialmente ancianos sin mucho conocimiento del inglés) habían sido víctimas de fuerte discriminación por el mero hecho de llevar el turbante tradicional de su religión. En 2002 llegaron a tal punto los insultos, la ignorancia, e incluso algunos incidentes violentos, que una organización de activistas se vio obligada a fabricar alfileres que decían “No soy musulmán. Soy un sij. Conversemos.”

Entonces, si me hablan de unidad, pregunto si es aquella “unidad” que a lo largo de nuestra historia ha sido una excusa para el nativismo, el etnocentrismo y el racismo. Si en cambio me hablas de otra unidad –esa anhelada unidad del espíritu humano que no requiere intrínsecamente oponerse a un claro enemigo, a un “otro”– pues entonces me sumo a ella.

#### IV.

Apago el televisor y paso a mi computadora para revisar otras noticias del día. Me entero que por la tarde en *National Public Radio* estarán transmitiendo en vivo un concierto de música clásica. El evento no tendrá lugar en una sala de conciertos cualquiera, sino en una zona muy especial del Museo Metropolitano de Nueva York, donde las ruinas de un templo del antiguo imperio egipcio, regaladas a los Estados Unidos por el gobierno de El Cairo en los años 60, descansan en un gigantesco atrio de vidrio, divinamente soleado cuando hace buen tiempo.

Escuchando las cuatro composiciones abstractas, algunas horas más tarde, me viene a la mente otra oleada de sentimientos sobre Cuba y las Torres Gemelas. Justamente la semana pasada yo había caminado por ese mismo atrio con mi abuelo. Al final, el poder del concierto como acto de conmemoración resalta en el hecho de que no impone un mensaje u otro mediante el

uso de palabras. Muy lejos de reflejar una cultura, una bandera o una ideología particular, la música y el espacio físico en que está interpretada nos invitan a contemplar este aniversario a la luz de la historia universal del ser humano. Eso sí me parece más apropiado. Y aparentemente los integrantes del público allí presente piensan lo mismo. Al final de la última pieza los veo espontáneamente guardar silencio por más de dos minutos antes de estallar en frenético aplauso. Después oigo a la presentadora de *National Public Radio* comentar que jamás ha visto un concierto tan extraordinario.<sup>6</sup>

Por la noche concluyo mis actos privados de reflexión con una actividad más. Pongo el televisor de nuevo y vuelvo a ver el, para mí, mejor documental de todos los tiempos. Ganador de un Premio Oscar en 2009, *Man on Wire*<sup>7</sup>, cuenta la historia del francés Phillipe Petit, quién en 1974, tras varios años de preparación secreta, logró caminar por un cable clandestinamente tendido entre las dos Torres Gemelas. Considerado por algunos el más atrevido crimen artístico del siglo XX, *le gran coup* de Petit (así lo llamaba) se llevó a cabo cuando los últimos pisos de los recién inaugurados edificios (en ese momento los más altos en el mundo) todavía estaban en fase de construcción. El espectro de lo ocurrido en 2001 acosa en todo momento la historia de esta hazaña, vista y recordada desde el presente, aunque ni Petit ni sus colaboradores entrevistados en el documental, encuentran necesario mencionar lo obvio. Basta un momento en que aparece en la pantalla una fotografía tirada desde la calle, mirando para arriba. Allí está Petit, ya en medio del cable, y más alto aun sobrevuela un avión. Sólo que según el ángulo de la foto, parece como si el avión estuviera a punto de chocar con el edificio. Una premonición del futuro 11 de septiembre de 2001, capturada el 7 de agosto de 1974. Pero al final no se produce ningún choque ni tragedia. Después de más de 45 minutos caminando de un lado para el otro, Petit baja del cable triunfante. Le esperan varios policías estupefactos, que provisionalmente deciden detener

al misterioso francés pelirrojo y mandarle a una consulta psiquiátrica. Pero unas horas más tarde, Petit es puesto en libertad y a partir de entonces recibirá un pase para entrar gratis al observatorio de la torre 2, válido para el resto de su vida.

Es así cómo prefiero recordar a las Torres Gemelas –no mediante las imágenes de destrucción que ya todos conocemos, sino a través de un acto de *creación* artística, justamente al momento del nacimiento de los edificios. Los miembros de Al-Qaeda buscaron derrumbar a toda costa un supuesto símbolo del capitalismo mundial. Petit lo **superó**, convirtiendo esas dos gigantes montañas de acero en escenario de una extraordinaria exposición de belleza. Los ataques del 11 de septiembre siguen dando testimonio de la crueldad y del más hondo pesimismo en que puede caer el ser humano frente a las innumerables injusticias de este mundo. Al contrario, la imagen de Petit, flotando en el aire, nos da fe de que todavía somos capaces de doblegar a los monstruos de nuestra propia creación. Que el espíritu de Petit nos guíe a todos.



#### Notas:

- 1- Ver: “Report Challenges Haiti Earthquake Death Toll,” 1 Junio 2011, <http://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-13606720>.
- 2- Ver: Michel Rolph-Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History* (Boston: Beacon Press, 1996).
- 3- Ver, por ejemplo: *Chile: the Other September 11*, Pilar Aguilera y Ricardo Fredes, editores (Melbourne: Ocean Press, 2002); Ariel Dorfman, “The Other September 11,” *Granta*, 2 Sept 2011, <http://www.granta.com/Online-Only/dorfman>.
- 4- Edwidge Danticat, “Flying Home,” en *Create Dangerously: the Immigrant Artist at Work* (Princeton: Princeton University Press, 2010), 115-126.
- 5- El sijismo es una religión practicada por más de 25 millones de personas en el mundo entero, aunque tiene sus orígenes y mayor impacto en la actual región del Panyab, un área que hoy cruza la frontera entre la India y Pakistán. El Templo Dorado de Amritsar es considerado el lugar sagrado más importante de los sijes.
- 6- Ver: <http://www.npr.org/blogs/deceptivedecadence/2011/09/07/140265002/remembering-september-11-a-live-concert-webcast-from-the-temple-of-dendur>
- 7- *Man on Wire*, dir. por James Marsh, Magnolia Pictures/Icon Productions/Diaphana Films, 2008.